

rostro y talle, dejando adivinar un espíritu de dominio, ilógico, el querer *porque sí*. La envidia en los seres superiores engendra la emulación, es capaz de grandes hechos; en los espíritus mezquinos, se convierte en odio. Poseía sin fingimiento el *odiate ó aspettate* de su madre. Sus ojos negros en la apariencia, pero en realidad de un color pardo anaranjado, contrastaban con sus cabellos cuyo rubio leonado se llama en Inglaterra *auburn* (1) y que vemos casi siempre en los niños habidos de dos personas de cabello negro. La blancura y suavidad del cutis de Natalia prestaban á este contraste de color entre sus cabellos y sus ojos atractivos indescriptibles, pero de una finura puramente exterior. Siempre que las líneas del rostro carecen de suave redondez, por acabados que sean los detalles, por gracia que posean, debemos mirar con prevención el alma. Las rosas de esa juventud liviana se marchitan, se deshojan, y á los pocos años nos sorprende el ver tan sola la dureza y sequedad donde admirábamos antes

(1) Moreno.

la elegancia y la nobleza. Aunque el contorno del rostro de Natalia tenía algo de augusto, su barba estaba ligeramente empastada, frase de pintor que podrá servir para explicar la pre-existencia de sentimientos, cuya violencia no debía declararse sino en la época media de su vida. Su boca, un poco hundida, tenía una expresión arrogante de orgullo en armonía con su mano, su barba, sus cejas y su hermoso talle. En fin, como último diagnóstico que hubiera bastado para determinar el juicio de un hombre práctico, la purísima voz de Natalia, aquella voz tan seductora vibraba como un sonido metálico. Todo en ella inducía á suponer pasiones sin ternura, una voluntad brusca, odios irreconciliables, talento sin inteligencia, deseo de dominio, natural en las personas que se sienten inferiores á sus aspiraciones. Estos defectos, hijos de su temperamento y su constitución, compensados acaso por las buenas cualidades de una generosa sangre, los encerraba Natalia como el cuarzo aurífero el precioso metal, solo debían manifestarse sometiendo á un duro tratamiento ó por los diferentes choques

á que la sociedad nos obliga. En aquellos momentos, la gracia y frescura de la juventud, la distincion de sus maneras, su santa ignorancia, su donaire y gentileza, prestaban á la fisonomía de la jóven cierto delicado tinte que engaña necesariamente á los séres superficiales. Además su madre no se habia descuidado en hacerla adquirir esa cháchara agradable, hábil remedio de la superioridad, que objeta con galantería y seduce por una graciosa volubilidad, bajo la cual oculta la muger su falta de instruccion, del mismo modo que encubre la naturaleza los terrenos ingratos con un lujo de efímeras plantas. En suma, Natalia poseia el encanto peculiar á los niños mimados que ignoran lo que es sufrir; no se revestia de ese aire tan solemne que imponen las madres á sus hijas trazándolas un programa de maneras y lenguaje ridículos en la época del matrimonio. Alegre y franca, de todo punto ignorante de los deberes del matrimonio, solo veía en él placeres, no adivinaba ninguna espina, y esperaba adquirir por su medio el derecho de hacer siempre su voluntad. ¿Erale posible á Pablo que amaba, como se ama

cuando el deseo aumenta nuestra pasion, reconocer en una jóven cuya belleza aturdia, cuya apariencia habria engañado á mas de un observador, á la muger tal como debia aparecer á los treinta años? Si bien era difícil la felicidad en el matrimonio con nuestra jóven, no era del todo imposible. A través de los defectos siempre germinan algunas bellas cualidades, y bien desarrolladas estas por un maestro hábil, ahogarian, no hay duda, todos sus defectos, tanto mas fácilmente, cuanto más el amor cooperase á la destreza. Pero era necesario para lograr esto, el puño de hierro que Marsay aconsejaba á Pablo: el *dandy* parisien tenia razon. El temor inspirado por el amor era un instrumento infalible para manejar el espíritu de una muger. El que ama, teme; y el que teme, está mas propenso á la afeccion que al ódio. ¿Poseía Pablo la sangre fria, el criterio, la firmeza que exigia una lucha que el marido no debe dejar sospechar tan solo á su muger? Además ¿amaba á Pablo Natalia? Como la mayor parte de las jóvenes, Natalia juzgaba amor, lo que solo era la manifestacion del instinto, el placer que le

causaba el físico de Pablo. Para ella, el conde de Manerville, el aprendiz de diplomático que había recorrido varias capitales, el joven elegante de París, no podía ser un hombre ordinario, sin fuerza moral, tímido y atrevido á la vez, enérgico quizás en la adversidad, pero sin defensa contra los inconvenientes que destruyen la dicha. ¿Tendría ella bastante tacto para descubrir mas tarde entre las bellas cualidades de Pablo sus ligeros defectos? No aumentaría estos y olvidaría aquellas, como acostumbra las jóvenes ignorantes de la ciencia de la vida? Hay una edad en que la muger perdona sus vicios á quien la evita algunas contrariedades, en que se figura ver desgracias en las contrariedades mismas. ¿Cuál sería la fuerza conciliadora capaz de sostener unido este matrimonio? Cuál la experiencia que guiase sus pasos. ¿No juzgarían su muger y Pablo amor, el encantador gracejo de una joven, novicia en la vida conyugal, las galantes frases del marido á la esposa, á su regreso de un baile? En esta situación ¿no se sometería Pablo á la tiranía de su muger, en vez de cimentar sólidamente su dominio?

Sabría Pablo decir: *no quiero?* ¡Si había peligros para un hombre de espíritu firme, cuántos no habría para un hombre de carácter débil y apocado!

No es el objeto de esta novela explicar la transición de la vida del soltero, á la del hombre casado, pintura que hábilmente presentada, no dejaría de ofrecer el atractivo que presta el huracán interior de nuestros sentimientos á los actos mas vulgares de la vida. Los sucesos y las ideas de que resultó el matrimonio de Pablo con Natalia sirven de introducción á esta obra, cuyo único objeto es describir la gran comedia que precede á toda vida conyugal. Estas escenas han sido hasta ahora despreciadas por los autores dramáticos, aunque muy bien pudiera ofrecer nuevos é infinitos recursos á su pluma. Esta escena que se enseñoreó del porvenir de Pablo, y que Mad. Evangelista veía con terror acercarse, es la discusión á que dan lugar los contratos de matrimonio en todas las familias, ya sean nobles, ya de la clase media, porque las pasiones humanas tan vigorosamente se ven agitadas por los grandes

como por los pequeños intereses. Estas comedias, representadas ante un notario, se parecen todas mas ó menos á esta cuyo interés no es en estas páginas donde debiera buscarse, sino en los recuerdos de innumerables seres unidos por el sagrado lazo del matrimonio.

A principios del invierno de 1822, Pablo de Manerville pidió la mano de Mdlle. Evangelista por conducto de su tia la baronesa de Malincourt. Aunque la baronesa jamás pasaba mas de dos meses en Medoc prolongó su estancia aquel año hasta fines de Octubre, á fin de ayudar en lo posible á su sobrino y desempeñar á su lado el lugar de una madre. Despues de su primera entrevista con Mad. Evangelista, la tia, señora de mucha experiencia, comunicó á Pablo el resultado de su cometido.

—Hijo mio, le dijo, negocio hecho. Al hablar de intereses, he sabido que Mad. Evangelista nada cede de sus bienes á Natalia. La hija se casa solo con sus derechos. Cásate, amigo mio. Los que tienen nombre y posesiones que transmitir y familia que conservar, tarde ó temprano deben uncirse al santo yugo. Plegue á

Dios que mi hijo Augusto siga la misma senda. Apenas os hago falta; solo puedo daros mi bendicion, y las mugeres tan viejas como yo nada tienen que hacer en una boda. Así, pues, mañana saldré para Paris. Cuando presentes á tu muger en el gran mundo, la veré en mi casa mas cómodamente que aquí. Si no poseses un hotel en Paris, de muy buena gana os hubiera cedido el segundo piso de mi casa.

—Mil gracias, querida tia. Pero ¿qué me habeis querido decir con lo de que su madre nada cede á su hija de sus bienes y que Natalia solo se casa con sus derechos?

—He querido decir, hijo mio, que la madre se aprovecha de la hermosura de su hija para imponer condiciones y no cederos sino tan solo la fortuna del padre. Nosotros los viejos tenemos en mucho la pregunta—¿Cuánto posee él? ¿Qué aporta ella?—Te recomiendo que prevengas á tu notario. El contrato, hijo mio, es el mas santo de los deberes. Si tu padre y tu madre no hubiesen sido prudentes, no serias tan rico como lo eres. Las consecuencias mas comunes del matrimonio son los hijos, piénsalo

bien. Procura ver à maese Mathías, nuestro antiguo notario.

Mad. de Malincourt partió dejando sumido á Pablo en estrañas perplejidades. Conque ¡tan astuta era su suegra! Era menester debatir sus intereses en el contrato y defenderlas; ¿quién habia de atacarlos? Siguiendo el consejo de su tia, confió á maese Mathías el cuidado de entender su contrato. Pero aquellos presentidos debates le preocuparon, así es que cuando fué á ver á Mad. Evangelista para anunciarla sus intentos, entró presa de una viva emocion. Temblaba como todos los séres tímidos, de que pudieran traslucirse las sospechas que su tia le habia sugerido y que conceptuaba como insultantes; y solo abordó la cuestion despues de muchos rodeos y ampulosas frases, táctica natural en todos aquellos que no se atreven á mirar frente á frente un obstáculo.

—Señora, le dijo aprovechandó un momento en que Natalia se ausentó, bien sabeis lo que es un notario de familia, el mio es un buen viejo, á quien disgustaria sobremanera no estar encargado de mi contrato de.....

—¡Cómo, amigo mio! exclamó interrumpiéndole Mad. Evangelista, ¿no se han estendido siempre los contratos con la intervencion de los notarios de las dos familias?

Todo el tiempo que habia necesitado Pablo para atreverse á entablar esta cuestion, habíale empleado Mad. Evangelista en preguntarse: ¿En que piensa? Las mugeres poseen en alto grado la ciencia de adivinar nuestros mas íntimos pensamientos por su reflejo en el rostro, así es que sospechó las observaciones de la tia en la mirada tímida y conmovida voz de Pablo.

—En fin, murmuró para sí, el dia fatal ha llegado, la crisis empieza, ¿cual será el resultado?—Mi notario es Mr. Solonet, dijo despues en voz alta, el vuestro Mr. Mathias; mañana les invitaré á comer y aquí deslindarán el negocio: ¿no estriba su mérito y su obligacion en conciliar nuestros intereses, sin que nosotros nos entrometamos en el asunto?

—Teneis razon, contestó él, dejando asomar á sus lábios una imperceptible sonrisa.

Por un estraño fenómeno, Pablo, inocente de

toda culpa, temblaba; y Mad. Evangelista aparecía tranquila cuando experimentaba una ansiedad horrible. La viuda debía á su hija la tercera parte de la fortuna que dejó al morir Mr. Evangelista, un millon doscientos mil francos y veía imposible satisfacer su deuda, aun cediendo todos sus bienes. Iba, pues, á verse á merced de su yerno. Fácilmente hubiera podido dominar á Pablo aislado, pero advertido este por su notario ¿transigiría con la rendición de cuentas de su tutela? Si esquivaba el combate, nadie en Burdeos ignoraría la causa, y el matrimonio de Natalia sería imposible. Aquella madre, que ansiaba la felicidad de su hija, que desde la cuna había vivido tan aristocráticamente, pensó que era preciso convertirse en mezquina y avara. Como los grandes capitanes que de buen grado querían borrar de su vida sus instantes cobardes, aun á costa de algun sacrificio, ella hubiera deseado hacer desaparecer aquel tan inmediato día, del tranquilo curso del tiempo. Algunos de sus cabellos encanecieron aquella noche, víspera de tan temido día, cuando frente á frente con los hechos, se

echaba en cara su descuido al verse en tan apuradas alternativas. Era preciso confiar á su notario unos apuros que jamás había querido confesarse á sí misma, pues siempre había caminado hácia el abismo confiada en una de esas casualidades que jamás ocurren. Germinó en su alma un sentimiento contra Pablo que no era odio ni aversión, pero ¿dejaba de ser él la parte contraria en aquel secreto proceso? No se convertía sin pretenderlo en un inocente enemigo á quien era indispensable vencer? Ha existido jamás álguien, verdadero amigo de su víctima? Forzada á engañar, la española resolvió, como todas las mugeres, desplegar su superioridad en aquel combate, cuya vergüenza no podía perdonarse sino con una completa victoria. En la calma de la noche, disculpóse con una larga serie de razonamientos que su orgullo dominó. ¿No había tenido parte Natalia en sus dispendios? Había habido tan solo un motivo ruin y mezquino en su conducta que pudiera ruborizarla? Si ella no sabía contar, acaso era un crimen? No sería un hombre demasiado feliz con la posesion de Natalia? El

tesoro que ella habia conservado no valia lo que un inmenso dote? No compran muchos hombres una muger amada con mil sacrificios? Por qué se habia de valorar en menos una esposa legítima que una cortesana? Por otra parte Pablo era un hombre nulo, incapaz: ella le prestaria los recursos de su talento y daria fácil acceso á su ambicion; sería su acreedor en gerarquía, y ¿acaso no sería esta bastante satisfaccion de su deuda? Seria un imbécil si vacilase. ¿Vacilar por algunos escudos mas ó menos?..... Seria una infamia.

—Si no se decide la victoria en mi favor, se dijo, abandonaré Burdeos, y siempre podré constituir un buen dote á Natalia, capitalizando lo que me resta, palacio, diamantes, mobiliario: solo me reservaré una pensión.

Cuando un carácter enérgico se procura una retirada, como Richelieu en Bronage, y vé en lontananza un porvenir grandioso, cuenta con un poderoso punto de apoyo y es casi infalible su triunfo. El desenlace, en caso de ser derrotada, tranquilizó á Mad. Evangelista, y se durmió llena de confianza además, en el notario

que la apadrinaba en aquel duelo. Tenia en mucho el concurso del astuto Mr. Solonet, jóven de veintisiete años, condecorado con la Legion de honor por haber contribuido muy activamente á la segunda restauracion. Orgullosa y feliz por ser recibido en casa de Mad. Evangelista, menos como notario que como afiliado al partido legitimista de Burdeos, Solonet habia concebido por aquel magnífico crepúsculo de belleza una de esas pasiones, que si bien las rechazan mugeres como Mad. Evangelista, las lisonjean en alto grado y hasta las mas prudentes las dejan á flor de agua. El dia siguiente, pues, se presentó el notario con la solicitud de un esclavo, siendo recibido en su gabinete por la coqueta viuda, que se mostró á sus ojos con el descuido de un estudiado *deshabillé*.

—¿Puedo contar, le dijo, con vuestra discrecion y obediencia en la discusion que tendrá lugar esta noche? Ya habreis adivinado que se trata del contrato de matrimonio de mi hija.

El notario contestó con mil galanterías y juramentos.

—Al grano, dijo ella.

—Ya escucho, contestó Solonet.

Mad. Evangelista le espuso con claridad su situación.

—Eso es nada, mi bella señora, respondió maese Solonet revistiéndose de un aspecto presuntuoso cuando la viuda le dió cifras exactas. ¿Cuál ha sido vuestra conducta con Mr. de Manerville? En casos como el presente, la cuestion moral se sobrepone al derecho y al dinero.

Mad. Evangelista se envolvió con su superioridad. El jóven notario supo con vivo placer que hasta aquel dia, su cliente habia conservado en sus relaciones con Pablo la mas alta dignidad: que bien fuese afectado orgullo ó cálculo involuntario, habia obrado constantemente como si el conde de Manerville fuese inferior á ella: habia procedido de modo que quizá el conde considerase como un honor su casamiento con Madlle. Evangelista: no podia sospecharse de que ella y su hija habian abrigado miras interesadas; sus sentimientos aparecian limpios de toda ruindad, á la menor dificultad pecuniaria presentada por Pablo, tenian ellas el derecho de retirarse á una in-

mensa distancia; en fin, ejercia sobre su futuro yerno un poderoso ascendiente.

—¿Y cuáles son, dijo Solonet, las últimas concesiones que quereis hacer?

—Las menos posible, contestó ella riendo.

—Respuesta de muger. ¿Quereis de veras casar á Mdlle. Natalia?

—Sí.

—¿Y quereis finiquito de un millon ciento cincuenta y seis mil francos, de los cuales aparecis deudora, segun vuestras cuentas de Tutela?

—Sí.

—¿Qué quereis conservar?

—Treinta mil francos de renta.

—¿A todo trance?

—Sí.

—Pues bien: voy á pensar en los medios para conseguirlo, porque necesitamos mucha astucia y no distraer nuestras fuerzas. Os daré algunas instrucciones cuando vuelva, ejecutadlas puntualmente, y desde luego puedo predeciros un éxito completo. ¿Ama el conde Pablo á Madlle. Natalia? preguntó levantándose.

—La adora.

—No es bastante. ¿La desea lo suficiente para poder apreciar con indiferencia algunas dificultades pecuniarias?

—Sí.

—Hé ahí lo que yo considero como un haber, en las cualidades de una jóven, exclamó el notario. Haced que parezca esta noche mas hermosa que nunca.

—Estará encantadora.

—A mi parecer el traje de vuestra hija esta noche, representa la mitad de las donaciones.

Parecióle á Mad. Evangelista que encerraba tanta verdad este último argumento, que quiso presenciar la *toilette* de Natalia, tanto para cuidar de que fuese lo mas brillante posible como por convertirla en inocente cómplice de su conspiracion financiera. Juzgó tan bella á su hija con su peinado á la Sevigné y su vestido de tul blanco adornado de rosas, que presintió la victoria. Cuando despidieron á la doncella y estuvo segura Mad. Evangelista de que nadie podia oirlas, arregló algunos bucles del peinado de su hija á guisa de exordio.

—Hija mia, ¿amas sinceramente á Mr. de Manerville?

Lanzáronse una mirada madre é hija.

—¿Por qué me haceis esa pregunta hoy y no ayer, madre mia? por qué habeis permitido que le vea?

—Y si fuera preciso separarnos para siempre ¿persistirias en este matrimonio?

—Renunciaria á él, y no moriria del disgusto.

—Tú no amas, hija mia, dijo la madre, besándola en la frente.

—¿Pero á qué vienen esas preguntas, mamá?

—Deseaba saber si este matrimonio te atraia sin estar loca por el marido.

—Le amo.

—Haces bien, es conde, y entre las dos le convertiremos en par de Francia; pero encontraremos algunas dificultades.

—¿Dificultades entre dos seres que se aman? No. La *Fleur des pois* ha arraigado aquí demasiado sus raices, dijo llevando una mano al corazon, para presentar el mas pequeño obstáculo. Estoy segura de ello.

—¿Pero y si no fuese como dices?

—Le olvidaria, contestó Natalia.

—Bien. Eres una Casa-Real. ¿Pero aunque amándote como un loco, si sobreviniese alguna cuestion, en la que sin duda seria él estraño, pero que fuera necesario que pasase por cima de ella por tu bien y el mio, Natalia, entiendes? Si sin faltar á la educacion y la decencia fuese preciso un poco de coquetería para decidirle? Un gesto, vamos, una palabra? Los hombres se doblegan mejor á una mirada que á los razonamientos, hija mia.

—Comprendo. Un pequeño latigazo para que Favorito salte la valla, contestó Natalia.

—Angel mio, no te pido que seduzcas: no debemos pasar de los límites que nos impone el honor. El conde Pablo conocerá mi situacion.

—¿Qué situacion?

—Nada comprenderias, aunque te lo dijese. Pues bien; si despues de haberte visto en todo el apogeo de tu gloria revelase su mirada alguna vacilacion, romperé por todo, liquidaré mi fortuna, dejaré á Burdeos y nos iremos á Douai á casa de los Cláes, parientes nuestros por su alianza con los Yemninck. Despues te

casaré con un par de Francia, aunque fuera preciso refugiarme en un convento, á fin de cederte todos mis bienes.

—¿Madre mia, qué es necesario hacer para impedir tales desgracias? dijo Natalia.

—Jamás te he visto tan hermosa: se un poco coqueta y todo irá bien.

Mad Evangelista dejó á Natalia pensativa y fué á arreglarse para no desmerecer al lado de su hija. Si Natalia habia de embriagar á Pablo, ¿no debia ella hacer lo posible por inflamar á Solonet, su campeon? Madre é hija se hallaban ya preparadas, cuando Pablo se presentó, llevando el *bouquet* que diariamente, hacia algunos meses, regalaba á Natalia. Los tres se pusieron á hablar de cosas indiferentes hasta la llegada de los notarios.

Aquel dia sostuvo Pablo la primera escaramuza de la larga y fatigosa guerra llamada matrimonio. Ante todo es preciso ordenar las fuerzas de cada parte, elegir las posiciones de los cuerpos beligerantes y terreno donde ejecutar sus maniobras. Para sostener una lucha cuya importancia no comprendia del todo

Pablo no contaba otro defensor que el viejo Mathías. Uno y otro iban á ser sorprendidos sin defensa, por un suceso inesperado; sitiados por un enemigo cuyo plan estaba hecho, y obligados á adoptar una resolucion sin concederles tiempo siquiera para reflexionar. ¿Cómo creer en la perfidia donde todo parecia fácil y natural? Qué podria Mathias solo contra madama Evangelista, su hija y Solonet, sobre todo cuando su enamorado cliente se pasase al enemigo al ver su felicidad amenazada por los obstáculos? Pablo ya se condenaba á sí mismo con sus amantes frases, vulgares en cualquiera otra situacion, pero que tenian en aquel momento un inmenso valor á los ojos de Mad. Evangelista.

Estos *condottieri* del matrimonio que iban á batirse por sus respectivos clientes, y cuyas fuerzas personales llegaban á ser tan decisivas en aquel solemne combate, los dos notarios representaban las rancias y las modernas costumbres, el notariado de la vejez y el de la juventud.

Maese Mathías era un honrado viejo de sesenta y nueve años que se vanagloriaba de sus

veinte de práctica. Sus enormes y gotosos pies estaban calzados con zapatos con hebilla de plata, y eran ridiculo término de unas pantorrillas tan delgadas, que mas bien que piernas parecian cuando las cruzaba los dos huesos que se pintan encima de los *aquí yace*. Sus muslos perdianse en unos anchos calzones negros, y se doblaban bajo el peso de un redondo vientre y un torso desarrollado como el de casi todas las gentes de bufete; una bola, en fin, empaquetada en una casaca verde de faldones cuadrados, que nadie se acordaba de haber conocido nueva. Sus cabellos, cuidadosamente empolvados, reunianse hácia el occipucio, formando una coleta como rabo de raton, escondida siempre entre el cuello de la casaca y el del chaleco. Con su redonda cabeza, su encendido color de hoja seca de parra, sus ojos azules, encorvada nariz, gruesos lábios y puntiaguda barba, nuestro hombre parecia una caricatura. Mas á pesar de esto la mayor parte de los bordeleses le manifestaban un cariñoso respeto, porque su espíritu habia triunfado de la forma y las cualidades de su alma hacian